

DIARIO CATOLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet  
—*Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.*

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—*Madrid*: En la administracion, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—*Provincias*: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—*Paris*: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.—No se devuelve ningún manuscrito.

## DESPACHOS TELEGRAFICOS.

(De la *Gaceta* de ayer.)

La *Gaceta* de hoy no publica ningun despacho.

(De la *Agencia Fabra.*)

traducía por tímidos votos en favor del restablecimiento del orden; entre los insensatos y sus amigos por amenazas y proyectos incendiarios.

Sin embargo, durante las horas que yo pasé en París, estos propósitos no recibieron ejecución sino

Numerosos prisioneros, 500 próximamente, resultado de esta jornada, fueron trasportados en varias tandas a Versailles durante el combate. La poblacion flotante de Versailles, compuesta de los refugiados de

En suma, los asuntos toman mejor cariz para los intereses sociales; pero ¿y el porvenir?

La Asamblea puede por lo tanto tener la seguridad de que se mantendrá el respeto a las leyes y a la voluntad nacional. Conserve, pues, su tranquilidad de ánimo, y confíe en nosotros en cuanto a la vigilancia, cuidado y prudencia que emplearemos en la tarea que nos incumbe. (Aplausos.)

desafiar al enemigo frente á frente y á batirlo, si era posible, en sus propias trincheras, en sus naturales guaridas.

MADRID, 10 DE ABRIL DE 1874.

## LA MINORÍA CARLISTA

de luchar con heroísmo, de pedirlo todo ya que se negaba todo. Comprendió que el triunfo de la revolución, más que a la actividad de los malos, se debía a la criminal indolencia y a la inhábil conducta



De aquí el portentoso crecimiento de la prensa carlista, la creación de centros de toda especie, la organización general del partido y la lucha electoral, medios todos cuyo fin único era combatir la obra revolucionaria, fuese cualquiera la forma en que se presentara, ya cubriese su cabeza con el gorro frigio, ya con la real corona.

El resultado más positivo, más tangible y más convincente para nuestros fanáticos adversarios, de todos los esfuerzos hechos hasta la fecha, es el haber reunido en las Cortes, á pesar de atropellos, sobornos y amaños sin cuento, ochenta senadores y diputados carlistas, entre los cuales figuran muchos de los hombres más importantes del partido legitimista español.

Y por eso, porque el haber sacado de las urnas esa respetable minoría es lo que á nuestros adversarios ha hecho pensar en la fuerza y el poder del consabido *cudáver*, por eso la minoría carlista tiene grandísimos deberes que cumplir y notables ejemplos que dar de prudencia, de abnegación, de energía y de virtud.

No es lo mismo vivir en la intimidad y la confianza del hogar doméstico, en la tranquila oscuridad de la familia, que en la plaza pública, ante la escudriñadora mirada de una multitud ávida de descubrir defectos para propalarlos ó de adimir virtudes para ensalzarlas, y quizá imitarlas. No es lo mismo vivir entre los que nos aman y nos respetan, que entre los que nos odian y nos calumnian.

El contacto diario con nuestros enemigos es más peligroso de lo que generalmente se cree, y nada hay que nos ponga más en contacto con ellos que la diputación.

En el periodismo, todos los días luchamos con nuestros adversarios, refutamos sus errores, ponemos de manifiesto sus trapacerías, les arrancamos la careta con que, vendiendo libertad y patriotismo, se presentan ante el cándido y harto engañable pueblo. Pero este contacto lejos de movernos á fraternizar con ellos, solo sirve para hacer dablemente profundo el abismo que de ellos nos separa.

La pluma es más suelta y menos considerada que la palabra. Lo que esta calla por respeto á la persona que se tiene enfrente aquella lo dice sin temor ni embarazo. Así que con la pluma, en vez de crearse afeciones de compañerismo, se suelen crear hasta odios personales, hasta rencores funestos, cuando la caridad no viene á desvanecer las sombras con que el amor propio ofusca el entendimiento.

Pero dentro de aquel salón de las Cortes, donde además de la palabra pública, es necesario cruzar la palabra de la cortesía; en aquella casa en que al cabo de poco tiempo, los más implacables enemigos políticos llegan á ser amigos personales y quizá amigos íntimos, cómo no ha de correr graves riesgos la fiera independencia, la inconsideración á todo género de personas cuando es preciso decir la verdad, la natural rudeza de los caracteres enteros que ni ante la amenaza ni ante el halago se doblegan?

¿Quién tiene valor para combatir vigorosamente en público á una persona á quien se acaba de estrechar la mano detrás de la cortina del salón?

Es, pues, á nuestro juicio muy conveniente que la minoría carlista se distinga por su aislamiento respecto de los hombres del poder, sobre todo; es preciso que esa minoría sea principalmente respetable por su sinceridad, por su fe profunda, por su disposición á sacrificarlo todo, hasta los afectos más caros al corazón, en aras de la Iglesia, de la patria, de la monarquía tradicional.

Sinceridad [que es lo que falta en aquella casa de mercaderes políticos; sinceridad] para que el pueblo compare entre los que verdaderamente le representan y los que le tiranizan y le engañan. El pueblo, que es seducido con frecuencia, tiene, sin embargo, gran instinto para distinguir la voz franca del corazón de la voz astuta del entendimiento perverso. El pueblo se equivoca quizá cuando oye una sola voz; pero si oye las dos, sabe distinguir al momento.

Que oiga, pues, la voz de la sinceridad ahogando la voz de la falacia. Que oiga el grito del corazón honrado sofocando los rugidos de la pasión inmundada.

Pero sobre todas estas cosas, la minoría carlista necesita dar un gran ejemplo, así para sus enemigos como para España entera, un gran ejemplo de virtud.

La época en que estamos, si es desdichada por el trastorno de las inteligencias, no lo es menos por la espantosa propagación del crimen, de la inmoralidad y del vicio. El asesinato, el robo, la orgía, son cosas corrientes y vulgares que ya apenas encienden la indignación de los que se llaman hombres de bien.

La virtud de estos tiempos, la virtud sublime, casi divinizada por los apóstoles de la revolución, es pura y simplemente la honradez. De modo que basta no ser ladrón ni asesino para aspirar á la divinidad racionalista.

¡Así anda el mundo! Tan poco es lo que este exige á los hombres para ser respetados, que la verdadera virtud huye de ese mundo para que no sea confundida con la estéril, ya que no estúpida honradez.

Nosotros, defensores de la Iglesia, guardadores de las tradiciones patrias, no podemos contentarnos con que el mundo nos dé una patente de hombres honrados. Nosotros no podemos presentarnos en frente de nuestros enemigos sin que nuestra voz tenga tal autoridad que les obligue á bajar la frente como reos ante el juez.

Quédese para ellos la simple honradez; sea para nosotros la virtud. ¿Pues qué diferencia habría entre unos y otros, si todos fuésemos igualmente honrados?

Representantes de un gran partido en el cual

funda sus esperanzas nuestra madre España, los diputados carlistas, para herir en la frente á esta situación corrompida, para descubrir y aniquilar la gangrena que amenaza devorar las entrañas del país, necesitan enseñar prácticamente al pueblo la diferencia que hay entre la honradez y la virtud, entre la comodidad de ser hombre de bien para el mundo, y el sacrificio de no ser nada en el orden de los intereses personales para ser hombre de Dios.

¡Y qué eficaz es la predicación del ejemplo! Con esta, el pueblo hará por fin justicia á unos y á otros, y España se habrá salvado.

#### INAUGURACION

DE LA ASAMBLEA GENERAL, DE LA JUVENTUD CATÓLICA DE ESPAÑA.

Escribimos hoy con el corazón henchido de alegría, y alentados por dulcísimas esperanzas. El PENSAMIENTO ESPAÑOL, en su número del 7 de Enero de 1869, decía: «Nosotros salimos anoche de los salones de la *Juventud Católica*, más satisfechos que si hubiéramos alcanzado un triunfo en la política;» y si esto escribíamos refiriéndonos á la inauguración de la *Juventud Católica* de Madrid, ¿qué diremos hoy, que vemos ya abundantisimos frutos de aquella semilla, arrojada por unos cuantos católicos y animosos jóvenes? ¿Qué diremos hoy, que vemos congregados multitud de jóvenes de todos los ángulos de la Península, para concertarse y aunar sus esfuerzos en pró de la santa causa del catolicismo?

No vacilamos en afirmar: la *Asamblea general de la Juventud Católica* es un verdadero acontecimiento; un faustísimo suceso que los católicos todos deben saludar con alegría; una prueba evidente de la vitalidad y energía del catolicismo en nuestra patria, y una garantía segura de la restauración social. Las causas que tienen el privilegio de enamorar inteligencias sanas y corazones juveniles, no pueden perecer, aun humanamente hablando; la causa católica cuenta en España con el poderoso auxilio de una juventud ilustrada, ferviente y entusiasta; y esta generación, robusta en la fe, será apoyo firmísimo de las creencias seculares de esta tierra privilegiada.

El hecho es harto notable para que dejen de comprender su importancia los enemigos de la Iglesia. El catolicismo, esa religión perseguida y ultrajada, cuyos dogmas y cuya moral quieren desear por cosa inútil y vieja los modernos regeneradores, tiene fuerza y fecundidad bastante para producir esas hermosas asociaciones de jóvenes, que ayer dieron la primera señal de vida, y hoy, extendidas por toda España, dan un paso de gigante. Y esas asociaciones no se han formado precisamente en pueblos pequeños ni las componen gentes sin instrucción: las hay en las mayores, y por consiguiente, en las más corrompidas poblaciones; en los centros de ilustración y de perversion: las componen jóvenes seglares, educados en los institutos y universidades, cuya enseñanza ponzoñosa no ha logrado corromperlos; las forma, en suma, una buena parte, la parte sana de la ilustrada juventud española. Id á esas academias y allí vereis abogados, médicos, farmacéuticos, literatos, ingenieros y arquitectos; encontrareis artistas de gran mérito, inspirados poetas, oradores elocuentísimos, y vereis que en su inmensa mayoría son jóvenes de 20 á 30 años, que cifran su gloria, su esperanza, su anhelo, en servir á la causa de la Religión y de la Iglesia. ¡Qué no puede prometerse la patria de esta juventud, si Dios sigue favoreciéndola y ella mostrándose digna de sus favores como hasta aquí?

Nosotros confiamos en que así será, y nos inspira esta confianza el buen espíritu de que hemos visto animados en estos días á los jóvenes de Madrid y á sus hermanos de provincias, que con gran entusiasmo y excelentes disposiciones, han venido á tomar parte en la *Asamblea general*. Todos, en fraternal unión, se han congregado en el templo de San Isidro, á conmemorar la pasión y muerte del Hombre Dios, y allí han recibido juntos el Pan de vida, que alimenta al alma, hace florecer las virtudes y produce confesores y mártires.

Así se han preparado para la Asamblea que se inauguró anoche de una manera brillantísima, con una gran sesión pública. Imposible es describir el entusiasmo y animación que en ella hubo. Los vastos salones de la Academia de Madrid rebosaban de gente desde mucho tiempo antes de empezar la sesión: el salón principal estaba elegantemente decorado é iluminado: en el centro, bajo un hermoso dosel de terciopelo, se destacaba un precioso cuadro de la Inmaculada Concepción, y en frente de él se veía un magnífico retrato de Pío IX: á la derecha del cuadro de la Virgen un gran escudo con las armas de la Iglesia, entre dos banderas, la pontificia y la española; y á la izquierda otro igual con las armas de España: todo á lo largo del salón se veían multitud de elegantes escudos, con los nombres de las poblaciones donde se halla establecida la *Juventud Católica*: encima de cada uno de estos escudos había una corona de laurel, y á los lados las banderas pontificia y española.

Henchido de gente el salón, estaban vacíos varios escaños cubiertos de seda azul, destinados á los representantes de las academias de provincia: al entrar estos, fueron saludados con una estrepitosa y prolongada salva de aplausos, que no terminó hasta después que fueron ocupados los asientos de la presidencia. Subió á esta el presidente de la Academia de Madrid, señor marqués de Monesterio, y á su derecha se sentaron los presidentes de León y Valladolid, y á su izquierda los de Lugo y Toledo.

Acto continuo tomó la palabra el señor marqués de Monesterio, y pronunció un elocuente discurso interrumpido á cada paso por grandes aplausos. El orador dijo cuál era la significación de la Asam-

blea, sus tendencias y propósitos, y habló largo rato sobre la importancia de la *Juventud Católica*. Expresión fiel de los deseos de sus compañeros y del público todo, que le aplaudía sin cesar, dijo que esta institución debe tener tres condiciones, de que carece la sociedad moderna: virtud, ciencia y abnegación; y debe apartarse de las luchas de la política de partido y no tener miedo: antes al contrario, la *Juventud Católica* ha de mostrarse valiente y decidida en defensa de la verdad, combatiendo sin tregua la impiedad y las iniquidades y doctrinas revolucionarias.

Terminado el discurso, el Sr. Francés, académico de la de Toledo, leyó una enérgica y aplaudida composición á Pío IX; el Sr. Melgar recitó su delicada y tierna poesía *Adios al convento*, oída con el mismo agrado y aplaudida con el mismo entusiasmo que siempre. Pidió entonces el público que recitara nuestro compañero el Sr. Sánchez de Castro su oda á la *Inmaculada Virgen María*, y la recitó.

En aquel momento se recibieron dos telegramas de la *Juventud Católica* de Valencia uno y de la de Murcia el otro, felicitando á la Asamblea; se acordó por aclamación enviar un telegrama al Papa implorando su bendición apostólica, y por último, un representante de Valencia dió tres vivas á la Inmaculada Concepción, al Pontífice-Rey y á la *Juventud Católica*, que fueron calurosamente contestados por el numeroso concurso.

Así terminó la solemnidad de la cual quedará perdurable recuerdo en todos los que tuvieron la fortuna de presenciársela.

Esta noche empezarán los trabajos de la Asamblea, de los cuales podemos esperar mucho si hay en ella la unión, armonía y abnegación que nacen del espíritu católico. Nosotros tenemos confianza en que así ha de ser, y se lo recomendamos encarecidamente á la *Juventud Católica* Si la juventud es instrumento de ruina en mano de las revoluciones, sea la juventud, puesta al servicio del catolicismo, auxiliar poderoso de la restauración.

Hé aquí los nombres de los representantes de la *Juventud Católica* que forman la Asamblea, y los cuales han oído hoy Misa de Espíritu Santo, celebrada por el señor Conde de la Academia de Madrid. Como se ve en la lista, de algunas academias todavía no han venido representantes:

MADRID.  
D. Juan Catalina García, presidente honorario.  
Señor marqués de Monesterio, presidente.  
D. Francisco Sánchez de Castro, vicepresidente.  
D. Antonio María Godó, ídem.  
D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero.  
D. Federico Arceola, vocal.  
D. Francisco Horvado, ídem.  
D. Luis de Tró y Moxó, bibliotecario.  
D. Gabino Martorell y Fivaller, secretario.  
D. Luis Rodríguez y Miguel, ídem.

GRANADA.  
D. Arsenio Galvan Luis, vocal de la misma.  
D. Santiago Sebastian Martínez, secretario.

SALAMANCA.  
D. Juan Almagro, académico de la de Madrid.

ALMERIA.  
D. Bartolomé Carpente Babanillo, presidente de la misma.

LEON.  
D. Lesmes Sanchez de Castro, presidente de la misma.

D. Juan Bía Lázaro, académico.

ALBUÑOL.  
D. Antonio Fernandez Palacios, vocal de la misma.

IBROS.  
D. Antonio Fernandez Palacios, vocal de la misma.

TORTOSA.  
D. Ramon Foguet, académico de la misma.

D. José Franquet, ídem.

VALLADOLID.  
D. Lorenzo de Prada Fernandez, presidente de la misma.

D. Mariano Bansi Contardi, académico.

D. Domingo María Villante, ídem.

TOLEDO.  
D. Julian Perdiguerro Izquierdo, presidente de la misma.

D. Juan Nogueira y Pavia, vicepresidente.

D. Francisco Morales Bejerano, vocal.

D. Justo Frames y Florens, académico.

QUESADA.  
D. Primitivo San Martín, vicepresidente de la misma.

D. Pelegrin Sanz, vocal.

D. José Vilarrasa Ferrer, tesorero.

D. Sebastian Sanz, académico.

HUESCA.  
D. Ramon Grau y Nadal, académico de la de Madrid.

CANTAGENA.  
D. Julian Perdiguerro Izquierdo, presidente de la de Toledo.

MURCIA.  
D. Valentin Arroyo, celador, vocal de la misma.

D. José Ferrer, secretario.

D. Gerardo Vicente Selgas, vice-secretario.

D. Manuel Lopez Gomez, académico.

VITORIA.  
D. Matias Barrio y Mier, académico de la de Madrid.

LUGO.  
D. Federico de la Peña, secretario de la misma.

D. José Sanchez Saravia, vocal.

CUENCA.  
D. Pascual Carrascosa, presidente de la misma.

D. Santiago Salamaña, académico.

D. Eduardo Molero id.

BILBAO.  
D. Alejo Novia de Salcedo, presidente de la misma.

ORENSE.  
D. Francisco de Paula Areal, secretario de la misma.

TUY.  
D. Francisco de Paula Areal, secretario de la misma.

PALENCIA.  
D. Matias Barrio y Mier, académico de la de Madrid.

D. José María Prado, académico de la de Palencia.

CARRION.  
D. Juan Catalina García, presidente honorario de la de Madrid.

D. Lucas Velasco, académico de la de Guadalajara.

SEVILLA.  
D. Vicente Olivares Bieco, académico de la de Madrid.

MANRESA.  
D. José María Carulla, socio de la de Madrid.

ZARAGOZA.  
D. Manuel Carbonero y Sol, académico de la de Madrid.

ASPE.  
D. Juan Antonio Alonso, académico de la de Madrid.

JAEN.  
D. Manuel Carbonero y Sol, académico de la de Madrid.

OVIEDO.  
D. José Campillo, presidente de la misma.

D. Severo Rivero, secretario.

PALAFRUGEL.  
D. Emilio Sicars.

HABANA.  
D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

D. Diego Saavedra, presidente de la misma.

D. Ricardo Brugada, tesorero.

D. Ramon Capdevila y Marin, académico.

D. Manuel Carbonero y Sol, tesorero de la de Madrid.

D. Severo Rivero, secretario.

D. Emilio Sicars.

saluero cometido por alguna autoridad sin que el ministro contestara: «Eso á los tribunales.» Y *El Imparcial* aplaude.

Ahora no deben ser los tribunales, sino las Cortes, las que conozcan de las infracciones constitucionales cometidas por el Sr. Allende Salazar. Esto será un despropósito democrático; pero es el modo.

Y tal vez se trate de llevar á las Cortes lo que según la acordada del Consejo Supremo de la Guerra es de la competencia de los tribunales de justicia. Y tal vez en esto consiste el conflicto surgido con ocasión de aquella acordada, después de la cual han tenido que salir del Consejo los dos fiscales, é intentan salir varios ministros consejeros.

El Gobierno y las Cortes podrán hacer lo que más les convenga y premiar si quieren por su conducta á Allende Salazar, á su auditor y á todos los que han contribuido á llevar á multitud de infelices al presidio de Valladolid; pero el efecto moral de la acordada del Consejo Supremo de la Guerra no lo borran los artículos de *El Imparcial* ni todas las argucias democráticas.

Después de todo, ya sabemos quién tiene la sartén por el mango, y que no ha llegado la hora de liquidar.

La mayor parte de los periódicos liberales publican un prólogo escrito por el Sr. Cánovas del Castillo al frente de la colección de los discursos pronunciados en las Constituyentes por los diputados que capitaneaba aquel hombre público.

Con razón se le da á ese escrito el carácter de un programa político del partido liberal conservador. Y en tal concepto le reproduce hasta *El Imparcial*, que con su cimbrerismo y todo vería por pronto de buen grado que el pequeño grupo de alfonsecos á media hasta reconocía el hecho consumado de la monarquía saboyana.

El prólogo del Sr. Cánovas es, en honor de la verdad, una obra acabada, una obra perfecta de conservaduría revolucionaria. En ese programa los conservadores dejan abiertos todos los caminos, todos... menos el camino del orden y del derecho.

Empieza el Sr. Cánovas por declarar que ni él ni los suyos tenían compromiso de ningún género con la revolución de Setiembre, ni con la dinastía caída; que su actitud, antes de Setiembre de 1868 era, como ha sido después, expectante; actitud muy cómoda, y de la cual se sale siempre para conquistar el poder.







